

Desde otro mirador

LA ESCUELA RURAL N° 17

DE tarde en tarde, cuando las complicaciones de la vida santiaguina me llevan a suspirar por un poco de amable paz, de recogimiento y soledad, voy a ampararme en el afecto de una amiga que pudiera con propiedad hacer suyos aquellos lindos versos de José Martí:

*«Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero,
para el amigo sincero
que me da su mano franca.
Y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo,
cardo ni ortiga cultivo;
cultivo una rosa blanca!»*

Esta amiga ha sido durante los dieciocho mejores años de su vida, maestra de la escuela rural n° 17 del departamento de Maipo.

Enclavada en el corazón del valle, frente al muro dentellado de la montaña y resguardada a la espalda por los cerros de la costa, esta escuela rural, mísera y destartalada, ha constituido siempre para mí, otro mirador para observar los problemas de nuestro complejo social.

Una escuela de fundo es, en verdad, un mirador excepcional. No está como «las casas» alejada material y espiritualmente de la vida del pueblo. Hasta sus paredes humildes llegan palpitantes aún de emoción, las voces de la gente inquilina y también, de cuando en cuando, los ecos de esas mismas voces reflejadas en los murallones espesos de la mansión solariega. Construida al borde del abismo de incultura que aparta en nuestro país la clase de los terratenientes de la de los trabajadores agrarios, este mirador domina — como ninguno otro — los dos lados del problema social de mayor importancia que tiene hoy que resolver el país: la incorporación de las masas incultas a la vida republicana, cuyo orden y cuyo progreso necesitan de un alto grado de civilización colectiva.

LA VIDA DEL INQUILINO

ESTÁ de moda hoy rotular de bolshéviki a toda persona que mire con simpatía la causa popular. Sin tomarse el trabajo de discernir cuánto hay de justo y cuánto de malsano en las aspiraciones de los distintos grupos, sin detenerse a recordar que el mejor medio de asegurar el orden es no contagiarse del pánico y mantener el corazón ecuánime, mirar cara a cara la realidad y dar en seguida al César lo que es del César, estas gentes de ogaño que serían capaces de descubrir

maximalistas hasta en los capítulos de los conventos, acaso se inquieten también de que en estas charlas dominigueras, llamemos la atención hacia una realidad dolorosísima y vergonzante: la de la vida inquilina. Lo hacemos, sin embargo, precisamente porque deseamos de todo corazón que estas cosas se mejoren dentro del orden, dentro de la normalidad de nuestras instituciones, y no se las deje allí, como una infección de descontento, de odio, para que fermenten después convulsivamente,

En el fundo en que está situada esta escuela rural número 17, los jornales de los inquilinos son actualmente de un peso diario para los *obligados*, es decir, los trabajadores que reciben casa, una frugalísima ración diaria y un cuarto de cuadra para sembrar. Los *afuerinos* que están exentos de todos estos privilegios, obtienen en cambio, \$ 1-50 al día. De los primeros, la mayoría son jefes, legales o nó, de una familia numerosa: cuatro, cinco, siete hijos. Con ese jornal, que equivale a \$ 26-00 mensuales (puesto que hay que descontar los domingos) el peón debería alimentar, vestir, a su mujer y a sus hijos, cuidar de su salud y de la de su familia, educar a ésta y vivir una existencia honrada y virtuosa! Veintiséis pesos mensuales! Quién de mis lectores se atrevería a jurar que continuaba viviendo su vida honrada si tuviera nada más que veintiséis pesos mensuales para mantenerse él y su familia!

Por cierto que no hay necesidad de describir la existencia de los inquilinos, porque cual más, cual menos, todos la conocemos de *vista*. Pero imagino que si tuviéramos por un momento que vivirla, nuestra opinión sobre los vicios del pueblo cambiaría radicalmente. Entre cuatro murallas de tierra parda, comen, duermen y habitan confundidos los padres, los hijos y hasta los animales domésticos; por todo lecho, unos pellones o unas mantas; por toda vajilla, unos tarros inmundos; el aseo personal es imposible, porque el único vestido que se tiene es el que se lleva puesto y que no se reemplazará hasta que, caído en jirones, la elemental decencia obligue a buscarse otro con qué cubrir la desnudez; el hurto de las aves, de las frutas, de las cosechas, viene a llenar una necesidad de hambre; distracciones sanas no existen: el único solaz, el único olvido, el único asomo de dicha pasajera lo proporciona la embriaguez pesada y brutal del alcohol.

Las dos grandes instituciones civilizadoras: la escuela y la iglesia les alcanzan apenas. La escuela sólo puede coger al niño en los meses de invierno, cuando las faenas agrícolas escasean; en cuanto empiezan las siembras, el aula se ve desierta: los muchachos han ido, impelidos por la necesidad, a trabajar cuando deberían aprender, a incrementar el número de las huestes analfabetas que mañana han de seguir la misma existencia de barbarie de los padres, o han de llegar hasta las ciudades a engrosar las filas de los proletarios agriados y descontentos, de los sembradores de la anarquía y del odio. La iglesia en este fundo (no sé si otro tanto ocurre en la generalidad) es una institución de verano. Hay un oratorio en «las casas» que se abre los domingos de estío, cuando la elegante sociedad veraniega se hospeda en ellas. En el resto del año no se divisa por aquí ningún pastor de almas que apaciente esta grey sencilla y piadosa instintivamente. Los sentimientos que bien dirigidos pudieran encaminarles a una vida moral más elevada, crecen incultos y sin guía, dando flores de la más absurda superstición.

MORAL Y CIVILIZACIÓN

EN un desfile huelguista que ví hace años en Nueva York, había un letrero que decía así: «El mejor sermón de moral es un buen sueldo!» Por supuesto que no hago mía toda la intención de la frase, ni la creo enteramente justa; más, que en la existencia miserable de ciertas estratas sociales, la falta del dinero necesario y urgente para llevar una vida civilizada, es un elemento desmoralizador, no me cabe la menor duda.

La moral implica un conjunto de deberes y obligaciones que pueden relacionar al individuo con la divinidad, pero que en todo caso le ligan con el hombre, con sus semejantes, llámense estos padres, hijos, hermanos o prójimos. La civilización actual, que se ha desarrollado dentro de la moral cristiana, ha legislado a base de esos deberes y de la práctica de aquellas virtudes evangélicas que dicen relación con lo que denominamos, en un sentido amplio, la sociedad humana. La célula inicial de este organismo no es el individuo aislado, es la familia; al rededor de este núcleo se desarrollan los conglomerados mayores y más complejos: pueblos, patrias, instituciones. Allí donde no existen ni la familia organizada de acuerdo con las leyes de la civilización que nos rige, ni el hogar adecuado, nido de la familia humana, protección y abrigo del niño, escuela del adolescente y del adulto, los elementos esenciales, fun-